

forma en Italia y declina en Francia durante el siglo siguiente, que es precisamente cuando toman vuelo las ciudades libres alemanas y flamencas. En Francia, las Comunas tuvieron por causas las invasiones normandas que aumentaron la población de las ciudades con los fugitivos de los campos; la organización inmemorial de la población urbana en asociaciones (gremios, cofradías, guildas); su enriquecimiento paulatino por el comercio, y la organización industrial que tendía á perfeccionar el artefacto, y la agrupación de los gremios para hacer frente á la opresión feudal, arrancando la carta al obispo, comprándola al señor que partía para la cruzada, obteniéndola del rey. No es cierto que los monarcas favorecieran sistemáticamente á las Comunas en el siglo XII; unas veces las protegieron y las persiguieron otras, según el interés del momento. Las Comunas fueron entidades feudales colectivas, con sus obligaciones respecto de un soberano, con sus vasallos, etc. Desaparecieron con el régimen feudal.

EL SIGLO XIII.

1.—Inocencio III; las nuevas cruzadas; las nuevas órdenes religiosas; la Inquisición. —2.—Francia; progresos de las instituciones monárquicas. —3.—Inglaterra; fundación y primer desenvolvimiento de las instituciones libres. —4.—España; avance definitivo de la Reconquista. —5.—El duelo entre los Hohenstaufen y el Papado; Federico II. —6.—Alemania y el Feudalismo. —7.—Italia y la anarquía. —8.—Las últimas cruzadas; la invasión mongólica; la restauración del imperio bizantino. Consecuencias de las cruzadas. —9.—La cultura general.

1. *Inocencio III; las nuevas cruzadas; las nuevas órdenes religiosas; la Inquisición.* Es el siglo XIII uno de los más grandes y fecundos de la historia; la Iglesia, que ha construído la trama de la Edad Media, llega al apogeo del poder, y el mundo cristiano parece definitivamente sometido á la teocracia; pero entonces precisamente, y gracias al largo contacto del Occidente con el Oriente griego y árabe, la cultura intelectual toma inmensas proporciones y todos los indicios de la emancipación de la sociedad laica de la tutela eclesiástica aparecen.—La figura que sobresale y predomina en la aurora de este siglo es la del conde de Segni, que en el solio pontificio, á que sus vastos conocimientos teológicos, su virtud y su celo lo elevaron, se llamó inocencio III. Pacificar Italia y libertarla de la terrible amenaza del poder imperial que había reemplazado en el Sur á los normandos por el matrimonio del emperador Enrique y de Constanza; aplacar las discordias de los príncipes y de éstos y los pueblos, para recalentar el fervor religioso y dirigirlo contra infieles y herejes en Europa, y, cuando éstos quedasen destruídos, dar el golpe de gracia

al Islamismo, más dividido que nunca en Asia, tal fué el programa de aquel teócrata ilustre. En virtud de él intervino en todos los grandes acontecimientos de su época, puso en entredicho á pueblos y soberanos y dió y quitó coronas á su antojo, mejor dicho, según el interés, y frecuentemente un interés muy terrenal y hasta financiero, se lo aconsejaba.—En los primeros años del siglo, la gran Cruzada que los monjes y legados del papa predicaban en la cristiandad se organizaba, teniendo por centro de reunión á Venecia. La expedición debía dirigirse á Egipto; esto no convenía á los venecianos; otro era el pensamiento del dux, de Enrique Dándolo, el más insigne capitán y político de aquellos tiempos.—El imperio bizantino pasaba por una de esas crisis terribles, de que son presa los organismos que han durado bastante. El reinado de Manuel Comneno, que coincidió con la primera cruzada del siglo XII, había sido un esfuerzo prolongado para devolver á Constantinopla un gran papel en los asuntos europeos; cierto, el emperador era digno, por su inteligencia y su energía superiores, de tamaño intento; pero en las condiciones del Occidente era imposible; esto no se podía lograr tratando, sino combatiendo y venciendo, si acaso.—En Asia, tras el del sultán de Mosul, se presentaba el imperio de Saladino; en Europa, madgyares y eslavos rompían sin cesar las fronteras, y los exatores de la fastuosa corte bizantina preparaban la resurrección de un imperio búlgaro-válaco que el papa se apresuró á reconocer; los francos, dueños de Siria, como cruzados, amenazaban á Grecia, cuyas más ricas é industriales ciudades (Tebas, Corinto) saqueaban y arruinaban con su habitual ferocidad los normandos de Sicilia; al mismo tiempo un río, siempre peligroso, de soldados alemanes y franceses pasaba por Constantinopla; en estas circunstancias, la duración del imperio griego era un milagro de vitalidad é inteligencia.—Manuel Comneno se alió con los venecianos, ofreció al papa la sumisión de la Iglesia bizantina, si el papa lo reconocía emperador de Occidente, lo que ni Alejandro III en el período álgido de su querrela con Barbarroja pudo consentir. A la muerte de Manuel, Andrónico, pariente suyo, célebre por sus vicios y sus cualidades físicas, especie de Alcibiades ó Demetrio, usurpó el trono y desplegó en él grandes talentos de administrador y mucha crueldad y depravación; una revolución lo privó del trono, y á la notable dinastía de los Comnenos sucedió la débil é infortunada de los Angelos.—El odio por los extranjeros, por los italianos, sobre todo, era intenso en el pueblo bizantino; se dió el caso de enormes asesinatos en masa de italianos en Constantinopla; luego los genoveses y los pisanos disputaban con éxito á veces sus privilegios á los venecianos; el dux Dándolo, que había sido, según se decía, víctima de un atentado en el palacio mismo del basileo, creía

posible y juzgaba indispensable para su país la supresión del imperio griego; supo, por una serie de exigencias y concesiones, orillar á los barones feudales de la nueva Cruzada, que se encontraron deudores insolventes de Venecia, á marchar sobre Constantinopla con el fin ostensible de reponer en el trono á Isaac Angelos, aprisionado por un usurpador.—Los asedios de Constantinopla por los cruzados, el primero para reponer á Isaac y el segundo para arrebatársela definitivamente á los griegos, que pudieron haber rechazado á sus enemigos si oportunamente hubiesen encontrado un jefe á la altura del peligro, fueron actos de vandalismo; incendios terribles, destrucción de edificios, saqueo de templos y palacios, tales fueron las escenas de aquel temeroso drama; á punto estuvo de perecer el inmenso tesoro helénico conservado en las bibliotecas bizantinas y destinado á dar el impulso definitivo á la civilización occidental.—Pasaba esto en 1204; el Pontífice que había reprobado aquella cruzada contra cristianos, aceptó los resultados, sobre todo, la unión forzosa de las dos iglesias y la fundación del *Imperio latino*, que al nacer se desmembró en feudos repartidos entre los jefes vencedores; la corona imperial tocó al conde de Flandes, Balduino (Baudouin), y los venecianos, autores de aquel atentado, allegaron tales concesiones que pudieron denominarse oficialmente «señores de un cuarto y medio del imperio.»

Cuatro años después el Papa hacía predicar en la Europa entera una nueva cruzada de cristianos contra cristianos; la Iglesia iba á abusar del tremendo instrumento que el prestigio religioso había puesto en sus manos.—La región más culta del Occidente cristiano, en donde las costumbres eran ya refinadas; la ciencia, hija de la influencia árabe, más general, y más cultivada la poesía lírica y satírica de los trovadores que tanto había de influir en los destinos de la literatura europea, era el condado de Tolosa, entre el Ródano, el Garona y los Pirineos. A la sombra del espíritu de tolerancia, distintivo de los pueblos ilustrados, se había propagado una secta que se extendía por Bulgaria, Macedonia y Lombardía y que provenía de una famosa herejía de los primeros siglos de la Iglesia, el *maniqueísmo*, que reconocía, como los persas, dos principios, el del bien y el del mal. Los adeptos de esta creencia se llamaban *kátharos*, los puros, y en realidad no era una herejía, sino una religión que rechazaba al antiguo Testamento, predicaba el horror de la materia y había logrado formar una Iglesia con obispos y diáconos y un culto simplísimo que consistía en la imposición de manos (*consolamentum*), la confesión pública y la oración dominical.—Desde el siglo XII perseguía la Iglesia esta agrupación que dominaba completamente el Mediodía y que contaba con el apoyo más ó menos ostensible de los barones, mas sin éxito alguno. Bastaba

comparar las costumbres fastuosas de los monjes de Cluny y de Citeaux, encargados de las misiones, con las de los sacerdotes *katharos*, para convenir en que desde el punto de vista moral tenían éstos toda la ventaja; así la que, por tener su centro en la ciudad de Alby, se llamaba *herejía de los albigenses*, progresaba siempre.—Roma se disponía á usar de todo su inmenso poder para extirparla; las misiones católicas cambiaron de aspecto cuando las organizó un español de alma de apóstol, de intachable vida, de elocuencia apasionada y cuyo celo, traspasando los límites de la caridad cristiana, se convertía en fanatismo: «deja caer tus manos sobre ellos, Señor, y castígalos, para que con el sufrimiento despierte su inteligencia,» decía Domingo de Guzmán, y en esas palabras, en que no había un átomo del espíritu del *Sermón de la montaña*, estaba en germen la Inquisición entera.—La agitación era profunda en todo el Mediodía francés; Inocencio III envió á un legado á exigir á Raymundo VI, conde de Tolosa, que exterminara á los herejes; éste se resistió, el legado fulminó contra él toda su ira cristiana y por ello dos barones del séquito de Raymundo lo asesinaron; esta fué la señal de la guerra. La voz de Inocencio clamó venganza ante los príncipes católicos: «¡sús, soldados de Cristo, á ellos!» decía en sus cartas ardientes. Un alud de cruzados franceses, alemanes, flamencos, cayó sobre la infortunada región; las ciudades fueron tomadas y destruídas, á pesar de la heroicidad de sus defensores; los castillos saqueados y arrasados, millares de personas pasadas á cuchillo ó quemadas. «¿Qué importan los inocentes? Dios escogerá á los suyos,» decía uno de los legados. Así terminó la cultura provenzal; con la herejía fué extirpada el alma misma de una civilización.—El más distinguido de los cruzados era un veterano de inteligencia, fanatismo y valor, Simon de Monfort. Atacó á Tolosa, arrojó á Raymundo y fué proclamado conde de Tolosa; venció luego al caballeresco rey trovador, Pedro de Aragón, en la batalla de Muret, en que el aragonés perdió la vida (1212); al cabo Monfort murió queriendo sofocar en sangre una rebelión de Tolosa. Años después el hijo de Raymundo recuperó el condado de Tolosa que pasó, por un arreglo de familia, al rey de Francia. Inocencio, antes de morir, convocó un concilio ecuménico, el 12º, al que acudieron 71 patriarcas y metropolitanos, 412 obispos, 900 abades y 2,000 sacerdotes, para tratar de la *reforma de la Iglesia*, la conquista de la Tierra Santa y la extirpación de la herejía. Aquel concilio fué una apoteosis de la teocracia, personificada en el Papa, que había exterminado á los albigenses y recibido el homenaje feudal de los reyes de Inglaterra y Aragón.

Las nuevas ordenes religiosas. El gran concilio no había dado con el medio verdadero de reformar la Iglesia, de volverle su prestigio ó perdido ó amen-

guado en el ánimo de las masas por el carácter mundano que asumía; de despertar el fervor religioso del pueblo; esta obra de salvación nació, como otras veces, de una reforma monástica, promovida por la iniciativa individual. En el seno de una iglesia herética, la de los *valdenses*, se habían formado grupos de predicadores que daban ejemplo de pobreza, como los de la Iglesia primitiva, y que debían hacer vida común con el pueblo, lo que no sucedía con los monjes de Cluny ó del Cister y menos con los de las órdenes militares inmensamente ricas.— La protesta contra el lujo de los monasterios era sorda ó franca, pero universal; por entonces un valdense convertido fundó una orden de hermanos pobres, y algún tiempo después, un jóven soñador italiano, Francisco de Asís, intentó resucitar la vida de los apóstoles en el mundo cristiano, sin más arma que la palabra, ni más recurso que la limosna, y fundó con algunos adeptos la orden de «los hermanos menores.» Aprobada por Inocencio, á pesar de la repugnancia que dominaba en los próceres eclesiásticos para fundar nuevos grupos monásticos, pronto cundió por Italia y pasó al resto de Europa. Los hermanos grises, como les decían, á causa de su sayal gris ceñido á la cintura por un cordel, eran tanto más populares cuanto mejor reflejaban el espíritu del fundador. Ciertamente, San Francisco es una de los hombres en que con mayor pureza han realizado el ideal cristiano; es quien, por el corazón, se ha acercado más entre los hombres al Jesús infinitamente dulce y tierno de las Bienaventuranzas. La nueva regla, la *nueva religión*, como decía la Iglesia, ponía sobre las prácticas devotas la caridad; sobre el culto exterior, el culto del alma; sobre la lúgubre austeridad monacal, la alegría; sobre el terror de la justicia de Dios, la confianza en su misericordia: fué aquel un rayo de sol en la noche medioeval señoreada por la perpetua pesadilla del infierno.— El inefable optimismo del poeta divino de Asís se extendía á la naturaleza entera; los animales eran sus hermanos y alguna vez conversaba con ellos en pláticas impregnadas de candor y gracia inimitables; á su cuerpo le llamaba *mi hermano asno* y *su hermana la muerte* le sorprendió en un éxtasis de amor. Los mendigos de la religión franciscana, que constituían una especie de república cristiana frente á las oligarquías comunales y las tiranías de la época, predicaban al pueblo en el lenguaje del pueblo, trivial, ardiente, acompañado de suspiros, gritos, cantos y risas; las masas se sintieron profundamente conmovidas; en esas prédicas oían la voz misma de su alma y de sus esperanzas aquellas turbas desheredadas, y la Iglesia primitiva, en que la conciencia individual se dirigía á Dios sin trabas, parecía resucitar sin herregías, sin sacudimientos, por un milagro de amor y de fe.— La orden mendicante de San Francisco se mezcló, no sólo á la vida privada (el fundador

había instituído una orden de hermanos de la penitencia ó *tercera orden*, para seglares de cualquiera condición), sino á la vida pública en las ciudades, y que en ellas fomentó el espíritu democrático vigorosamente y, algunas veces, como en la Francia del siguiente siglo, el patriotismo de las nacionalidades nuevas. Pronto hubo una escisión en la orden; los unos querían permanecer fieles á la regla de la pobreza estricta; los otros empezaron á fabricar conventos y á admitir riquezas; del lado de éstos se puso Roma.

La Inquisición. Los monjes que ayudaban á Domingo de Guzmán ó á perseguir ó á convertir herejes, pronto constituyeron una orden mendicante también, y pronto se extendieron por el mundo; en ella ingresaron numerosas personas ilustradas y, más que al pueblo, *los hermanos predicadores* que adoptaron hábitos negros y blancos, se dirigían á las clases acomodadas.— Con el nombre de Inquisición era ya conocido y temido en diversas comarcas del orbe católico, una especie de tribunal ambulante presidido por el obispo, cuyo objeto era *inquirir* en cada localidad quiénes tenían ó malas costumbres ó ideas extraviadas; después de que la guerra hizo su oficio de muerte en la Francia meridional, tribunales análogos á los mencionados, pero constituídos *ad hoc*, se encargaron de extirpar la herejía por medio de procedimientos secretos en que jamás el reo conocía á sus testigos, ni podía ser defendido por otro; en que el *tormento* era el medio de prueba, y la reclusión, el enmuroamiento, ó la muerte aplicada por la autoridad laica, eran los castigos. Este tribunal se confió, por regla general, á los dominicos, y pronto se extendió por el mundo; como procedía con cierta independencia de los obispos, encontró grande hostilidad por doquiera y hubo comarcas donde no pudo implantarse, como Alemania, donde sólo hubo tribunales de este género y temporalmente contra *los brujos* ó hechiceros.— *La Inquisitio hereticæ pravitatis* cumplió su misión en el siglo XIII, extirpó la herejía, pero preparó contra la Iglesia un argumento de hecho, que ha desviado de ésta muchos millares de almas. Los horrores de la Inquisición eran tan absolutamente contrarios al espíritu de amor del Evangelio, que si ésta era una obra divina, aquella tenía que ser impía. Históricamente considerada, fué un error capital; se ha dicho, para atenuarlo, que la Iglesia se ajustó á las costumbres de la época; pero si las costumbres eran malas debió sobreponerse á ellas; cierto, la herejía era considerada por la potestad civil como un crimen de lesa majestad divina; mas esta legislación se debía al influjo de la Iglesia; es verdad que la Iglesia no mataba, sino que entregaba al reo *al brazo secular*; pero ¡ay de la potestad civil si no hubiese aplicado la pena (que era de muerte por el fuego)! Es cierto que el tormento era el medio de prueba generalmente usado; mas esto era espantoso, y la Iglesia debió,

en lugar de adoptarla, anatematizarla, si quería dar pruebas de su misión divina; es igualmente verdadero que el procedimiento secreto constituía un progreso sobre el del juramento público, que nadie se atrevía á prestar contra los poderosos; pero en cambio estimuló la delación y llevó el terror y el recelo á lo más íntimo de los hogares. La Inquisición, uno de los más crueles instrumentos de dolor y de opresión que hubo jamás, no fué una institución cristiana: este es el inflexible veredicto de la historia.

2. *Francia; progresos de las instituciones monárquicas.*—El reinado de Felipe Augusto es decisivo en la historia de Francia por tres circunstancias: dió á la nacionalidad francesa, en vía de formación, casi todos sus límites naturales por el Occidente; organizó de un modo definitivo la administración del territorio; preparó los elementos que habían de acarrear la ruina del feudalismo. Gran político, más bien que gran paladín, como lo fué su rival Ricardo Corazón de León, rey de Inglaterra, comenzó el de Francia por aprovechar la querrela de los Plantagenets contra su padre Enrique II; después la ausencia del nuevo rey de Inglaterra, Ricardo, á quien había abandonado en plena Cruzada, para aliarse con Juan Sintierra, hermano de Ricardo, cuyo trono codiciaba. Contra sus compromisos de caballero y de cristiano, pero con gran perspicacia política, Felipe Augusto trató de apoderarse del patrimonio que en Francia tenía el rey de Inglaterra, quien de vuelta de la Cruzada había sido capturado por el emperador de Alemania, Enrique VI. — Cuando Ricardo recobró el trono y murió, no sin castigar á Felipe en sangrientos combates, empezaron las disidencias de éste con su antiguo aliado Juan, el nuevo rey de Inglaterra, cuya tiranía había rebelado contra él á los barones; Felipe, á consecuencia del asesinato del infortunado Arturo de Bretaña, y procediendo como soberano de Juan, por sus posesiones en Francia, invadió éstas y se apoderó de la mayor parte de ellas; Juan Sintierra se alió entonces con el emperador alemán Otto de Brunswick y el conde de Flandes, que invadieron el territorio francés. Felipe rechazó victoriosamente la invasión en la batalla de Bouvines, en que combatieron las milicias comunales por el rey, aunque la victoria realmente se debió á la nobleza francesa (1214); esta batalla fué de gran trascendencia, primero porque decidió en Alemania la cuestión entre los güelfos y los gibelinos, dando el triunfo á éstos y á su jefe el joven Federico II; segundo porque hizo posible á los barones ingleses la consecución de la *Carta magna*, fundamento de las libertades inglesas, y por último aseguró el desenvolvimiento posterior de la ya considerable monarquía francesa.—Felipe no sólo fué grande por esto, sino que por su inteligente protección á las artes y á la ciencia (fundó la Universidad de París que convirtió á la capital de la monarquía en el cen-

tro intelectual del Occidente cristiano) merece bien de la historia. La corte ó consejo del rey se llamó desde entonces *Parlamento*, y se compuso, además de los consejeros nobles, de hombres ilustrados eclesiásticos y laicos; estos últimos, llamados *legistas*, imbuidos de la jurisprudencia romana, habían de ser los verdaderos autores de la monarquía absoluta levantada sobre las ruinas del feudalismo. Las provincias reales estaban administradas por *bailíos* que daban cuenta de su administración al Parlamento, y el rey pudo ordenar así la formación de listas de gastos y contribuciones, especie de rudimentario *presupuesto*. — Felipe, para debilitar sin duda á las *comunidades juradas*, que eran verdaderas entidades feudales, fundó y protegió las ciudades y burguesías que se acogían á *los estatutos reales*, como los de Rouen; y estas ciudades, así privilegiadas (París era una de ellas), crecieron en importancia y riqueza, mientras las comunas libres decaían por la mala gestión financiera de sus gobernantes. En esas ciudades reales es en donde comenzó á formarse el *estado llano* (*tiers-état*), que tamaño papel haría luego en la transformación de la monarquía.

3. *Primer período de las instituciones libres inglesas.* — En ningún país estaba organizado el poder monárquico tan vigorosamente como en Inglaterra, ya lo sabemos, y era que, en ninguno tampoco, el feudalismo podía presentar menor resistencia en grupos, debido á la diseminación y al carácter de los feudos; á diferencia de los franceses, los señores no tenían estados, sino propiedades; eran terratenientes, no soberanos. Para oponerse al poder real necesitaban unirse todos, no sólo los barones encumbrados, sino también la nobleza rural y también las ciudades; sólo así podían contrastar la omnipotencia de la corona. Tal es la historia de la revolución que tuvo por primer desenlace la aceptación por el rey Juan de la *Carta magna*. — El papa Inocencio III, deseoso de emancipar la Iglesia de Inglaterra de la tiranía real, hizo nombrar en Roma mismo arzobispo de Kanterbury á Esteban Langton, hombre de vida santa y de carácter de fierro, y lo puso frente á frente del rey Juan. Langton hizo causa común con los barones, pues que todos luchaban por la libertad; en consecuencia, Inocencio puso al reino en entredicho, luego depuso á Juan y dió la corona de Inglaterra á Felipe Augusto, á quien constituyó jefe de la cruzada contra el impío; el pontífice procedía como un monarca del mundo cristiano. Juan pidió perdón y hábilmente se declaró vasallo del papa, que se puso entonces de su lado y comenzó á exigir, so pena de excomunión, la sumisión de los barones á su rey. A haberlo atendido, las libertades inglesas habrían abortado; pero Langton resistió á todo, y perdida, á consecuencia del triunfo de Felipe Augusto en Bouvines, la esperanza, Juan otorgó la Constitu-

ción que reclamaba el país y que no hacía más que precisar antiguas concesiones y costumbres. He aquí lo esencial de ella: «Ningún hombre libre podrá ser detenido ó aprisionado ó privado de sus bienes ó puesto fuera de la ley ó despojado de algun modo. Nos comprometemos á no proceder y á no dejar proceder contra un hombre libre, sino por el juicio de sus pares y conforme á las leyes». Esta es la base de todo el sistema judicial inglés. El artículo que disponía que ninguna nueva contribución podía imponerse, sino con el consentimiento del *Gran Consejo*, compuesto de la nobleza y el clero, debidamente convocados, es el fundamento del sistema constitucional.—Los ingleses, que estuvieron á punto de darse un rey francés (el hijo de Felipe Augusto), por odio á Juan, cuando éste murió, se agruparon de nuevo en torno de su pequeño hijo, que fué Enrique III. Llegado éste á la mayor de edad, se rodeó de una fastuosa y ávida corte de extranjeros, y adoptó la política de violar y restablecer alternativamente la Carta magna, á trueque de violarla de nuevo; todo lo subordinaba á un deseo: recobrar las posesiones continentales de su familia, rehacer el imperio anjevino.—La anarquía y la opresión fueron las consecuencias de las inútiles tentativas de Enrique en Francia; el país inglés se agotaba y los barones y obispos tornaban á aparecer amenazantes. Al frente de la resistencia se puso un hijo del famoso conquistador de Tolosa contra los albigenses, que tenía el mismo nombre de su padre, Simón de Monfort, de quien había heredado el título de conde de Leicester, por donde era súbdito inglés. El conde Simón, como le llamaba el pueblo, acaudilló á la nobleza cuando ésta, para remediar los males públicos, se presentó armada á la asamblea convocada en Oxford (1258). Las concesiones arrancadas á Enrique III y conocidas con el nombre de *provisiones de Oxford*, sometían la corona al poder del Gran Consejo, ante quien eran responsables todos los agentes del monarca; de este Consejo comenzaron á formar parte los representantes de las ciudades.—Enrique resistió, y vencido en la lucha por Simón de Monfort, que era tan buen capitán como buen patriota y hombre integérrimo, quedó cautivo, y el conde, cuya popularidad era inmensa, gobernó al reino. Andando los años, las traiciones se multiplicaron en torno del gran prócer, la lucha se reencendió y el conde y su hijo perecieron combatiendo.—Eduardo, hijo y heredero de Enrique III, adoptó la hábil política de desinteresarse de los asuntos del Continente y de establecer el dominio inglés sobre toda la Isla, conquistando el país de Gales y Escocia (aunque esto último no lo logró) y planteando una sabia administración. Fué en realidad quien organizó el Parlamento en que se transformó el Gran Consejo, dando en él representación formal, no sólo á la alta nobleza, sino á la pequeña nobleza rural que representó, mediante la elección, á los con-

dados; por igual manera los burgueses tuvieron el mandato de las ciudades. De modo que, al fenecer el siglo XIII, Inglaterra había encontrado los órganos esenciales del gobierno libre.

4. *España; avance definitivo de la reconquista.* En la historia de España fué capital también este siglo. La rota del conquistador de Toledo en Zalaca marcó un período de *alto* en la empeñada reconquista del territorio, porque determinó la formación de un imperio árabeafricano, que comprendió una parte del Africa mora y todos los reinos cantonales ó de *taifa* que habían resurgido en España al desaparecer el califato; es decir, que la España musulmana volvió á la unidad, precisamente cuando no acertaban á mantenerse unidos ni los reinos que componían el de Castilla, ni Navarra y Aragón que habían también brotado del mismo tronco, y cuando en un extremo Cataluña y en el otro el condado de Portugal, cedido por el vencido de Zalaca á uno de dos príncipes franceses de Borgoña, sus yernos, eran realmente dos monarquías independientes, y efectivamente, después de un triunfo memorable sobre los moros, el vencedor Alfonso Enríquez fué proclamado rey de Portugal en 1139.—Afortunadamente para los cristianos, el imperio de los marabuts ó *almoravides* decaía y se concentraba en Africa, en donde un Madhi, que se decía el verdadero anunciado por Mahoma, levantaba, como el *simum* en el Sahara, una polvareda de tribus montañosas, que siguiendo su palabra ardiente y su estandarte blanco, é impulsados por un fanatismo religioso indecible, arrollaron pronto y destruyeron al cabo el poder de los almoravides. Estos africanos vencedores que reemplazaron definitivamente con elementos moriscos á los descendientes de los árabes españoles y pretendían restaurar la fe pura de Mahoma y su inflexible monoteísmo, se llamaban *almohades* (los unitarios). El peligro era terrible para los cristianos; el rey de Castilla, Alfonso VIII, llamó en su auxilio á la cristiandad, é Inocencio III predicó una cruzada; los reyes españoles, unidos en las vertientes de Sierra Morena, vencieron en Julio de 1213 á los africanos (Las Navas). Tan completa fué la victoria, que menos de veinte años después, Fernando III, en cuya cabeza se habían definitivamente unificado las coronas de León y Castilla, conquistaba casi toda la Andalucía musulmana. Jaen, primero, luego Córdoba, el centro del califato, la gloria del islam en Europa, se rindieron al invencible cristiano. Más hizo: Sevilla, el más importante por entonces de los reinos que conservaba el poder moro, tras apretado cerco, quedó en poder de Fernando, que debeló otras muchas ciudades importantes.—Con la caída de Córdoba, había coincidido la formación del nuevo reino de Granada, tributario de Castilla. Cuando al mediar el siglo XIII murió el más grande de los reyes castellanos, á quien la Iglesia dió muy pronto, como á su primo